*El gusto se inicia en género**

Margarita Rodríguez

♦♦♦

Un buen día nos enteramos que en la escuela del barrio se ofrecía un moderno y práctico curso de corte y confección para ambos sexos, esto entusiasmó más a las mujeres que a los hombres, muchas ya estábamos hartas de que don Homonio, el abonero, nos vendiera la ropa hecha, de acuerdo al último grito de la moda, según él. En cambio, los hombres opinaban que ese curso era un pretexto para alejarnos de nuestros hogares. Eso no era cierto, porque aunque siempre nos chuleaban nuestros maridos y nos decían que con ésa ropa nos veíamos muy bonitas, modositas, recatadas, digno adorno para presumir en sociedad, como ustedes saben, la ropa de fábrica no siempre queda bien. Además, don Homonio, sólo vende ropa unitalla, por lo que a unas les quedan flojos los vestidos y, otras, les tienen que abrir un poco las costuras. Pero lo peor era que ya nos habíamos cansado del color rosa, todos nuestros vestidos eran del mismo color: rosa pálido, rosa pastel, y uno que otro más subido de tono, como el rosa mexicano o el rosa *fucsia*.

La mayoría de las aspirantes dudamos de nuestra capacidad en aprender el arte de la confección, pues era algo desconocido en nuestro barrio, y en otros más cercanos; con todo y eso nos inscribimos. Debemos decir que algunas vecinas se disculparon por no acompañarnos, pues decían que el rosa les quedaba bien, que don Homonio sabía perfectamente la ropa que les "lucía", y tanto ellas como sus maridos eran felices; "no importa", les dijimos, "quizá se animen en el siguiente curso, cuando sepan, y vean, todo lo que aprendimos".

Nadie había tratado personalmente a la maestra Femina, para nosotras era nueva en la escuela, pero algunas que la habían visto, aseguraban que por su aspecto debía ser muy exigente, y que además, tenía "cara de pocos amigos". Otras contaron que ya había estado en el barrio hace muchos años, para invitar a hombres y mujeres a su curso, pero en ese tiempo nadie le hizo caso, pues "cómo una extraña se atrevía a opinar sobre nuestros gustos al vestir" dijeron; además, la acusaron de agredir al pobre de don Homonio, que siempre se ha dedicado a complacer los caprichos de las mujeres, buscando cada día nuevos tonos de rosa para ofrecérselos y, por supuesto, traerles trajes azules para sus hijos y maridos. Entre toda esa alegata hasta las abuelas opinaron, dijeron que el rosa era el color de la decencia, y que nadie era capaz de hacerse un

♦♦♦

vestido por sí sola, que eso era atentar contra las tradiciones y buenas costumbres del barrio. La maestra no tuvo más remedio que irse en esa ocasión pero, como ven, es bastante decidida y firme en sus propósitos, así que regresó con más valentía para proponer de nuevo las técnicas que había perfeccionado en el arte de la confección, y nos encontró a nosotras.

Se inició el curso y la maestra nos recibió afectuosamente. Con el tiempo, nos dimos cuenta de quién es en realidad la maestra Femina; todo lo malo que se dice de ella es falso. En otras palabras, que el león no es como lo pintan; en este caso, la leona.

Ahora recordamos el primer día de clases. Femina llegó con varios bultos de muchos colores y nos pidió que escogiéramos el que más nos gustara, así lo hicimos y, al abrirlo, nos dimos cuenta que contenía un género del mismo color de la envoltura. Nos explicó que cada lienzo era fino y delicado en su textura, pero la trama era firme y resistente como la seda. Ella los había adquirido hacía tiempo, pensando en sus alumnos y alumnas, para que con él hicieran su primera prenda. Todas agradecimos su amabilidad y pusimos mucha atención a sus instrucciones.

Extendimos la tela y sacudimos el miedo que llevaba impregnado, miedo que se fue acumulando, después de mucho tiempo que estuvo guardado, seguramente en algún rincón oscuro y solitario. Luego, buscamos en la biblioteca de la escuela modelos para guiarnos. Había muy pocos y todos estaban pasados de moda, no nos gustaron mucho, así que con imaginación diseñamos el vestido que queríamos, dibujamos los patrones y los cortamos, de acuerdo a la medida de cada una, con los deseos y propósitos bien medidos. El siguiente paso era importante: cortar la tela con las tijeras del conocimiento, necesarias para la delicada técnica de la confección; después de esto no habría marcha atrás. Con mucho cuidado recortamos la espalda del pasado, las mangas del presente y el delantero del porvenir. Pasamos la prueba del primer corte y seguimos adelante. Unimos las piezas y las hilvanamos con la historia de las abuelas, hermanas, tías, amigas, hijas y vecinas. Finalmente, pasamos la costura por la máquina, con hilo de nuestra propia vida.

No les he dicho que tuvimos asesoras invitadas y un maestro auxiliar, especialistas en diferentes puntadas, que nos enseñaron la importancia de conocer el tru-trú de la política, el zig-zag del trabajo, el punto atrás de la ética, el bello punto francés de la sexualidad y hasta el bordado en comunicación. Cada puntada había que conocerla bien pero, sobre todo, teníamos que practicarlas en casa para dominarlas. Nos costaron muchos piquetes de la aguja de la constancia, pero nos disciplinamos para aprender a manejarla.

Ya armado nuestro vestido, le quitamos las hebras de los prejuicios que le colgaban y le hicimos la bastilla a la altura de la dignidad. La tarea final consistió en el adorno, de acuerdo al gusto de cada una; lo básico era usar listones de compromiso, bies de trabajo y pespuntes de investigación.

Nuestro primer vestido quedó listo. La maestra Femina quedó satisfecha, porque habíamos aprobado con éxito el curso, el género que nos había obsequiado nos quedaba de maravilla, pues con él podíamos movernos con libertad, y nos hacía sentir felices por vernos diferentes, pero al mismo tiempo unidas en un mismo fin: elaborar nuestra propia ropa.

"El género es una tela para hombres y mujeres, se sigue el mismo método de corte y las mismas puntadas, porque es un hecho que la única diferencia radica en el cuerpo"; eso decía la maestra siempre, y agregaba: "Ojalá que los hombres se den cuenta que también deben participar en el cambio, de esa manera unos y otras estarán vestidos de acuerdo a su personalidad y gusto".

Hoy nos entregan el certificado de alta costura, estamos estrenando nuestro vestido nuevo, en nuestros hogares y en la calle nos miran como si fuéramos bichos raros. El naranja, verde, café, rojo, gris o amarillo de nuestros trajes y vestidos, destaca entre la monotonía del azul y rosa de la gente de nuestro barrio. Lo que pocos saben es que vamos a perfeccionar nuestros estudios y seguiremos haciéndonos vestidos diferentes, largos, cortos, escotados, angostos, anchos, con holanes, con mangas o sin ellas, como sea, porque no hay nada mejor que llevar puesto un vestido a la medida.

Y colorín, colorado, este cuento no ha acabado. ♦

* Este cuento fue leído por su autora durante el acto de entrega de las constancias de egreso a las alumnas del Diplomado en Estudios de Género de la Universidad de Colima.


NO
EN CADA PREGUNTA
DE LA CONSULTA
CASTELLÓ
PRESIDENTE
NO
DA PREGUNTA
CONSULTA